

PIERRE KLOSSOWSKI

NIETZSCHE
Y EL CÍRCULO VICIOSO



Pierre Klossowski, pensador, escritor y artista, nos ofrece en *El círculo vicioso* una brillante interpretación de la filosofía de Nietzsche al estilo nietzscheano: alegre, meditada y con un fino olfato psicológico. Familiarizado íntimamente con la filosofía y el psicoanálisis, no hay que olvidar que Klossowski fue amigo conocedor de Deleuze y de Lacan, nos traza un mapa del pensamiento nietzscheano que tiene en cuenta siempre, como signo vivificante, la propia vida de Nietzsche. Para Klossowski la fuente oculta y difusa de la filosofía de Nietzsche, incluso en sus pensamientos más profundos y en sus cuestiones más inquietantes, es la obra viva, es decir la vida singular de Nietzsche, pero no como simple dato biográfico sino como lenguaje de las pasiones y pulsiones, como fuerza vital y singular que se estructura en pensamiento.

A Gilles Deleuze

Introducción

Tenemos aquí un libro que dará cuenta de una rara ignorancia: ¿cómo ceñirse a hablar del “pensamiento de Nietzsche” sin señalar en ningún momento lo que ha sido dicho al respecto? Existe el riesgo de volver sobre pistas ya seguidas en más de una ocasión, sobre huellas tantas veces indicadas —plantear imprudentemente cuestiones superadas— y así dar muestras de negligencia, de una falta total de escrúpulos en relación con las minuciosas exégesis emprendidas hasta hoy, para interpretar las mismas señales como destellos de calor que un destino sigue arrojando sobre el horizonte de nuestro siglo.

¿Cuál es entonces nuestro propósito, si es que tenemos uno? Hagamos de cuenta que se trata de un *falso* estudio. Al leer a Nietzsche en el texto, al escucharlo hablar para “nosotros mismos” quizá lleguemos a oír el murmullo, la respiración, los estallidos de cólera y de risa de la prosa más insinuante que haya dado la lengua alemana, y también la más irritante. La palabra de Nietzsche adquiere, para quien sabe escucharla, una virtud más contundente todavía, en la medida en que la historia contemporánea, los acontecimientos, el universo comienzan a responder de manera más o menos difusa a las cuestiones planteadas por él hace ochenta años. Intentaremos comprender la forma en que Nietzsche interrogaba el devenir próximo o lejano que hoy es nuestra actualidad cotidiana —que él previó convulsiva, hasta el punto de caricaturizar su pensamiento con nuestras mismas convulsiones—; en qué sentido su interrogación describe lo que vivimos actualmente.

No podríamos omitir dos puntos esenciales hasta entonces velados o silenciados en el estudio de su pensamiento. El primero es que ese pensamiento, a medida que se desarrolla, abandona la esfera específicamente especulativa para adoptar o simular los preliminares de un complot. De ese modo, convierte a nuestros días en objeto de una acusación tácita: la requisitoria fue dirigida por la exégesis marxista que al menos puso de relieve la *intención* del complot, porque todo pensamiento individual de origen burgués sería necesariamente una “conspiración” de clase. Hay un complot nietzscheano que no es el de clase sino el del individuo aislado (como Sade) con los medios de esa clase, no sólo contra su propia clase, sino también contra las formas existentes de la especie humana en su totalidad.

El segundo punto, que se relaciona directamente con el precedente, es que, al ver meditar a ese pensamiento un hecho vivido hasta convertirlo en premeditación sistemática, a un grado de delirio interpretativo que disminuiría asimismo la “responsabilidad del pensador”, de alguna manera se le acuerdan “circunstancias atenuantes”: lo cual es peor que la requisitoria marxista. Porque, ¿qué es lo que se quiere atenuar? *El hecho de que ese mismo pensamiento gira sobre el delirio como si fuese su propio eje.* Ahora bien, desde sus comienzos, Nietzsche aprende de esa propensión, pone todo su empeño en combatir la atracción irresistible que ejerce el Caos sobre él, más precisamente, el abismo: *hiato* que desde la infancia busca colmar y franquear con su autobiografía. Mientras más *sondea el fenómeno del pensamiento* y los diferentes *comportamientos* que éste provoca, más estudia las reacciones individuales que suscitan las estructuras del mundo moderno —y esto siempre en función de su representación del *mundo antiguo*— y más se aproxima a ese abismo.

En Nietzsche, el pensamiento lúcido, el delirio y el complot forman un todo indisoluble: indisolubilidad, en lo sucesivo, criterio para todo aquello de lo que se van a sacar o

no consecuencias. El hecho de que ese pensamiento implique el delirio no lo hace "patológico", sino que, de tan lúcido, llega a la altura de la interpretación delirante, como lo exige la iniciativa experimental en el mundo moderno. A la modernidad le corresponde decir si esa iniciativa tuvo éxito o fracasó. Pero como el mundo está comprendido en la iniciativa de Nietzsche, mientras más incrementa aquél la amenaza de sus propios fracasos, más crece el pensamiento de Nietzsche. Las catástrofes modernas siempre son confundidas —a más o menos corto plazo— con la "feliz noticia" de un "falso profeta".

Entonces, ¿qué significa *el acto mismo de pensar*? La sospecha circula secretamente en los escritos de juventud, para manifestarse de manera cada vez más virulenta en los fragmentos inéditos contemporáneos de *Humano, demasiado humano* y, sobre todo, en aquellos de *La Gaya Ciencia*. *Qué es lúcido, qué es inconsciente* en el pensamiento y en los actos, es la cuestión subterránea que por fuera aparece como una crítica de la cultura y se explicita adrede bajo una forma aun capaz de integrar las discusiones especulativas e históricas de su tiempo. De esa manera, el pensamiento de Nietzsche describe dos movimientos simultáneos y divergentes: la noción de lucidez sólo es válida en la medida en que es considerada y, por ende, afirmada la oscuridad total:

"El Caos prosigue en forma constante su trabajo en el espíritu: conceptos, imágenes, sentimientos se yuxtaponen *ahí fortuitamente*, arrojados en desorden. Así se crean aproximaciones que *asombran* al espíritu: recuerda el parecido, experimenta su *sabor*, retiene y elabora uno y otro, según su arte y su saber. Aquí está el último pequeño fragmento de mundo donde algo nuevo se combina, al menos adonde lle-

ga la mirada humana. Y, para concluir, incluso en ese caso se tratará de una nueva combinación química que todavía no tiene semejanza en el devenir del mundo.”

*Que un pensamiento no ascienda sino descendiendo, que no progrese sino retrocediendo —inconcebible espiral, cuya “inútil” descripción repugna; al punto que nos negamos a admitir que el propio movimiento de las generaciones sucesivas la describe— libre para no consagrarse más que a la ascensión de un espíritu que parece seguir, de común acuerdo con la cultura, el ascenso de la historia; y por lo demás, de dejar el movimiento descendiente de ese pensamiento en espiral a los expertos del fracaso, del desecho, del menoscabo de la función de pensar y de vivir. Según esa cómoda división del trabajo, éstos apenas tendrán que inquietarse por la tensión entre la lucidez y la oscuridad; si no es para constatar el día en que éstas se pronunciarían *la una por la otra*, convirtiéndose en el acento del delirio.*

Sólo discernir ese acento en el pensamiento de Nietzsche llevaría a referirse, en primer lugar; a las instancias que replantea ese pensamiento. O bien, se podría considerar que desde el principio era ya un desvarío que *acometiera esas instancias*; o que, por su clarividencia, la emprendía directamente contra toda *noción* de lucidez. Esa es la razón por la que a cada paso se ve circunscripto:

desde el interior:

por el *principio de identidad* sobre el que reposa el *lenguaje* (el código de los signos cotidianos) en función del *principio de realidad*;

desde el exterior:

por las autoridades competentes instituidas (historiadores de la filosofía) *pero, sobre todo*, por los psiquiatras, agri-

mensores del inconsciente, y quienes por eso controlan la amplitud más o menos variable del principio de realidad del que daría testimonio el hombre al pensar y al actuar; por último:

desde ambas partes, a través de la ciencia y sus experimentaciones que, tanto al aproximarse como al dar marcha atrás, desplazan los límites y “rectifican” las demarcaciones entre lo que es *adentro* y lo que es *afuera*.

En lo que respecta a esas esferas delimitadas en forma diversa desde el punto de vista de la *investigación*, el entendimiento de Nietzsche parece obedecer a dos principios: al de la *realidad*, en tanto que no hace más que describirla *históricamente* y analizarla para recomponerla, y así poder comunicar a los demás el resultado de su trabajo; al de la *identidad*, en la medida en que se delimita a sí mismo como *enseñante* con respecto a lo que enseña.

La demostración (requerida por el lenguaje institucional para la enseñanza de la realidad) se vuelve *movimiento de humor declarativo* y el humor o la tonalidad del alma al ser contagiosa, gana de mano a la demostración —éstos son los límites de los principios de identidad y de realidad en Nietzsche, *responsables de las instancias* sobre las que supuestamente se basaba su propio discurso: Nietzsche introduce en la enseñanza lo que a ninguna autoridad garante de la trasmisión de conocimientos (la filosofía) se le ocurrió enseñar; pero Nietzsche sólo lo introduce subrepticamente, habida cuenta de que su lenguaje llevó a un rigor extremo la aplicación de las leyes requeridas para la comunicación: volviéndose pensamiento, la tonalidad del alma se desarrollaba como su propia investigación hasta el momento en que los términos de ésta se *reconstituían como mutisimo*: este pensamiento se habla a sí mismo acerca de un *obstáculo* con el que viene a tropezar desde un principio la *intención* de enseñar.

Este obstáculo, experimentado como intensidad y resistencia en su mutismo, hace fracasar el propósito mismo de enseñar. Ahora bien, la resistencia del obstáculo en su mutismo no es otra que la reacción virtual que *ejercen las instancias de identidad y de realidad*: el mutismo en el interior no es sino la *palabra en el exterior*; el asentimiento del pensamiento a esa palabra del exterior no es más que *resentimiento del humor o de la tonalidad muda*: la declaración de Nietzsche arroja el mutismo del *humor* sobre el pensamiento, poniendo a prueba la resistencia de la *cultura exterior* (es decir, la *palabra* de los universitarios, de los científicos, de las autoridades, de los partidos políticos, de los sacerdotes, de los médicos).

Identificándose con ese obstáculo mudo del humor para el pensar, el "profesor Nietzsche" destruye no sólo su identidad, sino la de las *instancias hablantes*: suprime, en consecuencia, *la presencia de las mismas en su propio discurso*: y con su presencia, el *principio de realidad* mismo: su declaración se refiere a un *afuera* que él *redujo al silencio* de su propio humor.

Pero, reducidas en su declaración al silencio, las *instancias hablantes* no fueron otra cosa que la *configuración* de su estado de ánimo: la intensidad muda de la tonalidad del alma sólo se sostenía en la medida en que una *resistencia* todavía hablaba afuera: la cultura.

La cultura (suma de conocimientos) —ya sea la intención de enseñar o de aprender— es lo opuesto a la tonalidad del alma, a su intensidad, que no se enseña ni se aprende: sin embargo, mientras más se acumula la cultura más se esclaviza a sí misma —y más crece su otra cara, la *intensidad muda* de la tonalidad del alma. Hasta que la tonalidad del alma que sorprende al enseñante rompa por fin con la intención de enseñar: así estalla la servidumbre de la cultura cuando se enfrenta al mutismo del discurso de Nietzsche.

Si los *última verba* del profesor Nietzsche se inclinan a la afasia, los médicos verán en eso una confirmación de su

principio de realidad: Nietzsche franqueó los límites, cae en la incoherencia, ya no habla, vocifera o se calla.

Nadie cae en la cuenta de que la ciencia misma es afásica. Que bastaría que pronunciara su ausencia de fundamento para que ninguna realidad subsistiera —de ahí el poder que recibe y la decide a calcular: es su decisión la que inventa la realidad. Calcula para no hablar bajo pena de caer en la nada.

1

EL COMBATE CONTRA LA CULTURA

“1°- ¿Es posible actualmente la figura del ‘filósofo’? ¿La amplitud de lo que se sabe es demasiado vasta? ¿No es inverosímil que pueda llegar a abarcar todo con su mirada, sobre todo si es muy escrupuloso? De hacerlo, ¿no sería *demasiado tarde*, cuando lo mejor de su vida ya hubiera pasado? ¿Al menos, echado a perder, degradado, degenerado, de manera que *su juicio de valor* ya no significaría nada? En el caso contrario, se convertirá en un *diletante* provisto de mil antenas, pero con la pérdida de su gran pathos, del respeto a sí mismo —la buena, sutil conciencia. Es bastante, ya no dirige ni ordena. Quisiera convertirse en actor, una suerte de *Cagliostro* filósofo.

2°- ¿Qué significa actualmente para nosotros una existencia filosófica? ¿No es casi un medio de salirse del juego?, ¿una suerte de evasión? ¿Y es cierto que quien vive de esa manera, aislado y con toda sencillez, eligió el mejor camino para su propio conocimiento? ¿No sería necesario que hubiera experimentado cien maneras diferentes de vivir para autorizarse a hablar del valor de la vida? En suma, pensamos que hay que haber vivido de manera totalmente ‘antifilosófica’, según las nociones recibidas hasta entonces, no como un feroz virtuoso, para juzgar gran-

des problemas a partir de experiencias vividas. ¿El hombre más poderoso no sería aquel que condensara en conclusiones generales las más grandes experiencias? Durante demasiado tiempo se ha confundido al sabio con el científico y mucho más todavía con el hombre formado religiosamente.”

“Sólo a partir de ahora se abre paso en el hombre la idea de que la música es un lenguaje semiológico de los afectos: y más tarde se aprenderá a reconocer claramente el sistema de impulsos de un músico a partir de su música. A decir verdad, no se trataría en modo alguno de *traicionarse a sí mismo*. La inocencia de esa clase de *confesión* es opuesta a la de cualquier obra escrita.

No obstante, esa inocencia también existe entre los grandes filósofos: no son conscientes de que hablan de sí mismos —pretenden estar hablando ‘de la verdad’, cuando en el fondo están hablando de ellos. O más bien: en ellos, el impulso más violento se ve iluminado con la impudicia y la inocencia más grandes de un impulso fundamental —¡pretende ser el soberano y si es posible el fin de todas las cosas, de todo acontecimiento! El filósofo no es más que una suerte de ocasión y de oportunidad para que *el impulso llegue por fin a tomar la palabra*.

Existen muchos más lenguajes de los que se pueda imaginar: y el hombre se traiciona con más frecuencia de lo que quisiera. ¡Cuántas cosas hablan! Pero siempre hay pocos oyentes, de manera que, por decirlo así, el hombre sólo charlatanea en el vacío cuando prorrumpe en confesiones: derrocha sus ‘verdades’, como el sol la luz. ¿Es muy dañino que el vacío no tenga oídos?

Hay maneras de ver que hacen que el hombre se diga: —Esto es lo único verdadero y justo, además de verdaderamente humano; quien piensa de otra manera está equivocado. Son formas de ver conocidas como religiosas y morales. Está claro que aquí, el que habla, es el impulso soberano, más fuerte que el hombre. En cada oportunidad, el impulso cree detentar *la verdad y el concepto supremo del 'hombre'*.

Sin duda, hay muchos hombres en los que un impulso *no se ha vuelto soberano*: en ellos no hay convicciones. Esta es, entonces, la primera característica: cada sistema coherente de un filósofo demuestra que *un impulso lo dirige, que ahí existe una sólida jerarquía*. Eso es lo que entonces llamamos 'verdad'. Y la sensación experimentada [puede enunciarse] de la siguiente manera: con aquella verdad estoy a la altura [del] 'hombre': otros son de *una especie inferior a mí mismo*, al menos como cognoscente.

En los hombres vulgares e ingenuos, la convicción que predomina con respecto a las costumbres es la de sus gustos: son *lo mejor posible*. En ese sentido, los pueblos cultos manifiestan cierta tolerancia: *cuanto más rigurosamente se atienen al propio criterio del Bien y del Mal, más quieren tener no sólo el gusto más refinado sino el único legítimo*.

Es la forma que comúnmente *rige en la barbarie*; ignorar que la moral es *cuestión de gusto*.

Por lo demás, en este dominio se practica el grado máximo de impostura y de engaño. La literatura *moralista y religiosa* es la más falaz. El impulso dominante, cualquiera que sea, recurre a *la astucia y al engaño* para prevalecer sobre otros impulsos.

Paralelamente a las guerras de religión, prosigue la *guerra moral*: es decir, un impulso quiere sojuzgar a la humanidad; y a medida que las religiones se ex-

tingan, esa lucha será mucho *más sangrienta y visible*. ¡Sólo estamos en el comienzo!”

¿A dónde conduce desde entonces el comportamiento del filósofo? ¿Será el espectador, lúcido e impotente a la vez, de los acontecimientos? ¿O, si todo comentario es ocioso, va a intervenir directamente? ¿Cómo se puede efectuar una intervención directa? ¿A través de análisis, de declaraciones, de advertencias o de estímulos? ¿Hace falta conquistar las conciencias para provocar un “acontecimiento” (*partir en dos la historia de la humanidad*), o bien ese acontecimiento que el filósofo comprende (las consecuencias de la desaparición del Dios único, garante de las identidades, y el retorno de *múltiples dioses*) debe *ser mimado*, en principio, según la semiótica gestual de los Adivinos y los Profetas?

Romper con la regla clásica de la moral que vuelve al hombre tributario de hábitos adoptados *de una vez para siempre*, bajo pretexto de dar cumplimiento a un nivel humano. En compensación, comportarse de acuerdo con las últimas exigencias procedentes de una reflexión sin tregua; si una exigencia del pensamiento puede plantearse en cualquier momento de manera imprevisible, se debe a que puede nacer del mismo comportamiento; y así exponer éste al descrédito de una actitud contradictoria. Por lo tanto, un comportamiento nunca podría estar limitado por su repetición regular, ni en consecuencia restringir el pensamiento mismo. Un pensamiento que encierre al comportamiento o un comportamiento que encierre al pensamiento son instancias que obedecen a un automatismo muy útil: asegurar la *seguridad*. En realidad, todo pensamiento que termina por sentir el malestar de ese estado provisorio da cuenta de una lasitud. Todo pensamiento que se deja sorprender por una vuelta a la pregunta, a partir de un acontecimiento íntimo o exterior, da cuenta de capacidad para recomenzar.

O bien retrocede hacia este lado, o bien pasa al otro con las declaraciones hechas en el intervalo. Es de acuerdo a esa lasitud o a esa capacidad, ese retroceso, ese pasar más allá que Nietzsche juzga a los filósofos anteriores.

Ni Descartes, ni Spinoza, ni Kant, ni Hegel hubieran podido construir alguna vez sus sistemas, si por casualidad hubieran renunciado a una coherencia enseñable para hablar de la existencia a partir de sus propias experiencias de vida. (Incluso Descartes está muy cerca de hacerlo y parece haber ocultado el designio.) Sin embargo, Nietzsche afirma que ellos sólo obedecieron a la secreta preocupación de pronunciar sus propios movimientos de humor: "Pretenden estar hablando 'de la verdad' cuando en el fondo están hablando de sí mismos. O más bien: en ellos, el impulso más violento se ve iluminado con la impudicia y la inocencia más grandes de un impulso fundamental —¡pretende ser el soberano y si es posible el fin de todas las cosas, de todo acontecimiento! El filósofo no es más que una suerte de ocasión y de oportunidad para que *el impulso llegue por fin a tomar la palabra.*" ¿Qué hicieron entonces Spinoza, Kant? Nada que no fuera interpretar su impulso soberano. Ahora bien, no es más que la parte *comunicable* de su comportamiento que se tradujo de este modo en sus construcciones.

Esto quiere decir que Nietzsche rechaza pura y simplemente la actitud del filósofo enseñante. Le importa poco no ser un filósofo, si se entiende por eso el pensador que piensa y enseña debido a su *preocupación* por la condición humana. Es en esto donde hace estragos y convulsiona, rompe los cimientos.

Nietzsche rechaza todo pensamiento integrado a *la función de pensar*, porque la considera la menos eficaz. ¿De qué valen el pensamiento y las experiencias del filósofo si sirven de garantía a la sociedad de la que provienen? Una sociedad se cree justificada moralmente por sus científicos y sus artistas. El solo hecho de que existan y de que exista